

ESTE año la primavera es menos primavera. Ha llegado desnuda de aquel su optimismo, germinal y prometedor, que animaba hasta los campos de la economía. Mientras de los Pirineos hacia el Norte, incluyendo las tierras de los nibelungos renacidas a la democracia, el Plan Marshall comienza a movilizar las energías industriales, en el lago de paz y sueño vertebrado con Europa por la imponente cordillera, las aguas han iniciado su descenso.

Llevamos varios meses asistiendo a los balbuceos de la deflación. El fenómeno acusó inicialmente su presencia en el área de los productos de origen agrario. Desde entonces las gentes especulan en torno a las causas y sientan pronósticos acerca de su evolución. Cada uno se deja nublar los ojos por lo que más favorece su posición actual, y de esta suerte, la desorientación, la invidencia y la paradoja se enseñorean del ambiente y enturbian la perspectiva.

Mientras, de mes en mes, la psicosis de baja se acentúa. El descenso de los precios reviste intensidad notoria en los del ganado de abasto, desvalorizando los cueros y la carne, aunque en la cartera del consumidor apenas se registre el alivio por ahora. La baja afecta al vino, apesar de la reapertura de la frontera gala; a los huevos, apesar de la peste aviar; alcanza al aceite, especialmente en las regiones productoras; anula el mercado negro del pan, las legumbres, etc. El pescado fresco, que venía resistiendo, ha comenzado a recibir la percusión de la onda deflacionaria, aun antes de que la campaña del Mar Céltico comience a volcar sobre los puertos cántabro-galaicos su acreditado cuerno de la abundancia.

Fuera de esta órbita, en la de los productos manufacturados, las cosas no ofrecen mejor cara. El consumidor se abstiene cuanto puede. Práctica una especie de guerra fría a los precios altos. Se vive la observación de Boulding: «Si el precio de cualquier mercancía es superior al de equilibrio, habrá algunas personas que quieran vender esa mercancía, pero no encontrará compradores.»

LA BAJA, SU RIT

En medio de esta situación, se autorizan aumentos en las tasas del carbón, cemento, hierros, transportes por ferrocarril... Apesar de recaer en productos y servicios vitales, y de la entidad considerable del recargo, las aguas no recobraron su nivel. Con lo cual, lejos de romperse la sugestión de la baja, parece acentuarse más.

PRECEDENTES Y CONCAUSAS

CUANDO los keinesianos dirían que nos hallábamnos al borde de la «inflación espectacular», cuyo proceso se agudizó desde la primavera de 1946 al otoño de 1947, en las bolsas de valores comenzaron a trepitar los industriales. Incluso los que tradicionalmente acreditaron su solidez, en tanto fueran de renta variable, cayeron a cotizaciones insospechables. Se han registrado alternativas, pero los tenedores alcanzados por el latigazo devaluatorio no han tenido aun oportunidad de desquite.

Este antecedente no explica la desvalorización de los productos agro-pecuarios. La industria y la agricultura viven desvinculadas entre sí, tal vez en exceso. El origen de la deflación en el sector de la economía natural habrá de descubrirse por otro lado.

En los primeros meses de 1947, Vieira Barbosa, ministro de Economía, se convirtió en el hombre más popular de Portugal. Le bastó financiar las importaciones indispensables, para restablecer un clima de saturación que desinfló en el mercado los precios de los recursos alimenticios. En España, el problema de abastecer al país reviste mayores dificultades. No obstante, medidas que positivamente ayudaran a nutrir la despensa, habían de dar análogo resultado. Aunque se produzca con un año de retraso y sin que el aura popular acaricie a los autores.

Cuando la tensión de los precios es muy artificiosa, si se provoca la baja en una mercancía esencial y se sostiene, el contagio a las demás es sólo cuestión de tiempo. A las importaciones de la Argentina, realizadas o «programadas», puede atribuírse ese efecto desencadenante, más por haber aflojado los resortes del acaparamiento interior, que por cuanto representaron como inyección directa de artículos de primera necesidad en cantidades masivas.

Ha de añadirse que las exportaciones, apesar del estímulo homeopático de las «cuentas combinadas», no salvaron la barrera impenetrable del cambio.

El ritmo creciente en que debieron impulsarse, para acompañarlas a la disminución del gasto nacional y al desenvolvimiento de la producción, quedó frenado, y en casos detenido, aumentando la congestión potencial en el mercado interior y elevando las reservas de mercancías a cuyo forzado deshielo estamos asistiendo.

LA RESTRICCIÓN DE CRÉDITOS

LA función bancaria vino a colaborar activamente en el proceso, convirtiéndose en disfunción. Se pasó de la euforia crediticia a la «restricción», palabra fatigada y fatigante de tanto uso y abuso, que en ella se han amparado. Después de los fuertes drenajes fiscales a que los negocios privados se vieron sometidos, en parte justificados

MO Y SU RIESGO

con invocaciones a la necesidad de reducir la circulación fiduciaria excesiva, la dieta de confianza impuesta por los bancos y el aumento del tipo de interés en el redescuento, se producen bajo el mismo signo.

Nadie discute la bondad de la intención, ni hasta la del tratamiento dentro de ciertos límites. El riesgo está en la indiscriminación, en la niveladora unilateralidad de una medida, frente a la cual pueden hallarse en la misma situación, así el especulador profesional y desaprensivo, como el empresario de una industria en creciente desarrollo, con cientos de obreros detrás. Actuando contra los alegres agiotistas, que mariposean sobre todos los negocios mimados por la coyuntura, la restricción conducirá a resultados saludables. Cortando la respiración financiera al esfuerzo industrial bien orientado, conduciría a acelerar el desequilibrio y a abrir las vías del paro masivo.

Como en esta hora del mundo se han invertido tantos principios, no extraña que el crédito bancario, concebido como auxiliar de la industria y el comercio, se transforme en eje de la vida económica. Estábamos acostumbrados a creer—aunque en la práctica, muchas veces, las cosas sucediesen de otro modo—, que la actividad bancaria había de vivir siempre solidarizada con la suerte de sus clientes, los empresarios de una actividad lucrativa cualquiera. Las apariencias no permiten seguir poniendo la fe en la firmeza de tal vínculo.

Pensemos que se tratará de transitorias apariencias. La discriminación y la elasticidad habrán de volver, antes de que se llegue a desenlaces dramáticos, aunque la mentalidad de los negociantes ocasionales tenga que reformarse también.

DEFENSA DEL EQUILIBRIO

EL teórico de la *Hang-over School*, J. Philip Wernette, defiende la depresión como necesaria, «para liquidar las malas inversiones realizadas en tiempo del boom». En este aspecto, las medidas para cohibir la deflación, no harían otra cosa que estirar la agonía de lo irremisiblemente condenado a extinguirse. O sea, de los negocios ficticios.

No están en el mismo plano, los negocios ligados a las auténticas fuentes de riqueza del país. La estructura económica fundamental no puede modificarse al compás de las que Kondratieff llama «ondas de la coyuntura», sean cortas o medias. España no puede dejar de ser un país predominantemente agrícola y pesquero, y su política económica, en todo momento, deberá estar penetrada de esta elemental verdad.

En el momento actual, la baja de los precios gravita principalmente sobre los productos consumibles en su estado natural, o con ligera elaboración. Y son precisamente las mercancías de este sector, aquellas cuyo valor comercial más interesa defender. Si sus precios caen en exceso, y la depresión se hace crónica, el empobrecimiento del campo español y la quiebra de la potencialidad marítimo-pesquera pueden sobrevenir más o menos pronto. Incluso vendría a acelerarse la crisis, si el fenómeno deflacionista fuese resistido con ventaja por en el coto pródigo de los monopolios de hecho. La desigualdad en la incidencia de la curva puede agravar considerablemente las consecuencias de la depresión.



Por
V. PAZ-ANDRADE

No es seguro que haya sonado como algunos suponen, la hora de la liquidación. Resulta imposible separar los factores económicos que contribuyen al proceso, de los factores psicológicos activamente coadyuvantes, y mucho más valorar la trascendencia objetiva de los primeros y medir la permanencia probable los segundos. Pero estamos frente a un complejo cuadro, sobre el que se acumulan sombras y riesgos, que gravitan preferentemente sobre los filones más caudalosos y auténticos de nuestra energía económica.

Es en momentos tales cuando es preciso adoptar actitudes definidas, abandonando la inhibición y abriéndose a la máxima comprensión. Hemos de pensar decididamente en los intereses de cuya salvación dependemos y por cuya generosa fertilidad subsistimos. Siendo deseable por todos la baja, lo que realmente interesa ahora es su ritmo, a cuya irreflexiva aceleración no deben sacrificarse las bases tradicionales de nuestra economía, por ahora insustituibles. La deflación comporta peligros superiores a los de la inflación, y ha de aceptarse en tanto nos conduzca al equilibrio. No como una marcha ciega hacia el abismo, sacudida por nuevos vaivenes e incertidumbres.

«Una política financiera económicamente sana—también escribió Boulding—es un arma de dos filos, en cuyo manejo se encierra siempre el peligro de caer, por un lado, en la inflación, y por otro, en la deflación y el paro.»